

HOMILÍA

Domingo XXVII del tiempo ordinario. Ciclo B

Hb 2, 9-11

a. Contexto

Estamos ante uno de los documentos más impresionantes del N.T. Por los años 65 o 70, alrededor de la destrucción de Jerusalén por Roma, un dirigente cristiano pronuncia una homilía en una comunidad...

Se trataría de una comunidad de fieles, ya baqueteada por los trabajos del Evangelio. Estamos ante una preciosa homilía sobre la fe en Cristo, el Sacerdote de verdad, el Sumo y Eterno Sacerdote, amigos y amigas.

Los motivos de su datación son fundamentalmente dos: no después del año 95, pues Clemente Romano cita a Hb en su carta de ese año. Además, no se pudo pronunciar antes del año 70.

La novedad no podía ser más impactante. En efecto, establecer la identidad entre el sacerdocio del A.T. y el de Cristo que lo asume y lo supera no deja de encerrar un gesto de valentía por muchas razones.

Entre ellas, porque Cristo había tratado con dureza a los sacerdotes del Templo muriendo incluso fuera de la ciudad. Este predicador es consciente de que Cristo lleva a la perfección el sacerdocio del A.T.

Así lo atestigua la iglesia desde su fe en la muerte redentora y en la resurrección de Cristo; por eso se lanza a pronunciar un bello sermón sobre el tema, para robustecer la fe de los cristianos de la segunda generación.

Tan enorme fue el eco, que pronto las comunidades (no se sabe si de judeocristianos o de pagano-cristianos, o helenistas) se lo envían en forma de carta unas a otras, según aparece atestiguado al final, en Hb 13,19-21.25.

Estamos ante un libro tardío del N.T., cuyo autor desconocemos, que guarda ciertos parecidos en el vocabulario y en los temas con Pablo, pero con notables diferencias igualmente.

Esto ha hecho decir a un escritor moderno que la Carta de San Pablo a los Hebreos ni es carta, ni es de San Pablo, ni es a los Hebreos (esta denominación es muy posterior en el tiempo).

Curiosidades aparte -que son lo de menos-, este precioso texto oral puesto luego por escrito contiene la más ferviente invitación a una comunidad cristiana aquejada de dudas y desilusiones en su fe.

Y lo hace para que se levante, contando con la fuerza de Cristo, el verdadero Sacerdote entre Dios y los hombres. La estructura de la homilía está bien redactada, con estilo solemne, sereno, no de Pablo precisamente.

Viene ésta vertebrada alrededor del Sacerdocio de Cristo, estando sus divisiones acotadas por frases que recogen lo anterior, abriendo un nuevo período a través de vocablos-ejes, y dando unidad a todo.

Sabe combinar el autor, magnífico orador, lo doctrinal con lo que es parenético, para captar positivamente la atención y la voluntad de los oyentes, sin llegar a cansar. El texto se halla dividido en cinco partes:

- prólogo (1,1-4);
- primera parte (1,5-2,18): El nombre de Cristo es superior a todos los ángeles; es el único que salva a los hombres.
- segunda parte (3,1-5,10): el sacerdocio de Cristo está originado en Dios, y se abre a la misericordia hacia los hombres;
- tercera parte (5,11-10,39): en esta sección central se desarrollan las tres características fundamentales del sacerdocio de Cristo. Sacerdocio que está en la línea de Melquisedec, por elección de Dios; que llega a la perfección (a su pleno desarrollo) por el sacrificio de su vida, la obediencia a Dios; por el que así se obtiene la santificación, y el perdón de los pecadores, es decir, la salvación de Dios para todos;
- cuarta parte (11,1-12,13): Insiste en algunas cuestiones ya anunciadas en la parte anterior (así es su costumbre), y trata de la fe que salva y la constancia y fortaleza en las dificultades, propias del cristiano;
- quinta parte (12,14-13,18): la actividad del creyente se desarrolla dentro del camino de la fe en Dios, relacionándose con Él, y estableciendo la paz y el amor con los hermanos;
- epílogo (13,19-21-25): alguien le da forma de despedida epistolar a este sermón.

b. Texto

El de hoy pertenece a la primera parte. En él se ve, después de comprender que Jesús tiene plena vocación de hombre, cómo lleva su solidaridad con la humanidad hasta el final de su sacrificio redentor.

Efectivamente, por una serena reflexión, el autor quiere hacer comprender a los oyentes cómo Dios guía la historia de Jesús, quien con su sacrificio y su entrega hasta la muerte lleva la salvación a todos.

Así se reduce casi a la categoría de los ángeles (seres inferiores a Cristo siempre en el N.T.). Pero la salvación entra dentro del plan gratuito y amoroso de Dios, no es algo necesario por la lógica de los hechos.

De aquí la frase: *era conveniente*. Por eso aparece como fruto de un don misericordioso de Dios. La perfección a que Cristo es elevado como la de los cristianos no es cualidad moral alguna.

No se trata de perfección ética, sino del cumplimiento del ser, de la consecución de los objetivos en la vida, en el plan de Dios. La santificación y los santificados son la manera de describir a quienes están en Dios.

O sea, no se oponen esos términos a maldad o a pecadores, sino a quienes no han entrado en la dimensión divina de sus vidas, a quienes están en el ámbito del mundo.

No se trata del plano ético. Esto es un don de Dios dado a todos, ya que por Él, Cristo y los creyentes, de la misma 'naturaleza' humana, entran en el seno de Dios.

Cristo queda así, sentado a la derecha del Padre desde su resurrección. Como se ve, el autor se mueve en el terreno de la realidad nueva de la vida, no en el campo parenético de las actitudes morales. Eso viene en los últimos capítulos de este Libro.

c. Para la vida

Han salido muchos aspectos que invitan a meditar. Ahora, me pregunto: ¿no sería entusiastamente para aquellos cristianos que alguien, dándole la vuelta al tema del sacerdocio judío, lo presentara de otro modo?

¿No convendría superar ese modo tan manido de mirar lo judío dentro de las iglesias cristianas y les ofreciera de esa forma tan atractiva la figura de Cristo, puente entre Dios y los hombres?

Más: ¿no les parecería atrayente ver cómo Cristo, con la entrega generosa de sí mismo a la causa de Dios era para ellos origen de salvación, si es que lo aceptaban coherentemente en sus vidas de cada día?

Nunca está de más en nuestra época percibir el mensaje cristiano con la frescura de la buena noticia del Evangelio, al estilo de este predicador del siglo primero.

¿Es educativo (cristiano) tanto mensaje críptico unido a lo cristiano en esta época en que, si aparece lo religioso en el cine, en la literatura comercial actual, etc., suele venir teñido de magia, de automatismo?

¿No sería 'tonificante' superar en la presentación de la fe cristiana tanto dualismo excluyente entre el bien y el mal, de catastrofismo apocalíptico? Esto es una llamada valiente a romper moldes anquilosados.

Así hizo con el sacerdocio judío nuestro predicador. Hay que abrir las ventanas de nuestra Iglesia a abrazar las instituciones humanas con la fuerza del Evangelio, y sin el miedo a las potencias ocultas.

Se trata de superarlas, aunque estén magníficamente montadas por los medios de la tecnología actual. El Evangelio es más bonito, más llano y más que todo eso, y más comprometido, ¿no os parece?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

aderojasr@yahoo.es